

PRINCESAS DRAGÓN

El pantano de las sirenas

Pedro Mañas



Ilustraciones de Luján Fernández

sm

Primera edición: octubre de 2016

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz

Edición ejecutiva: Paloma Jover

Coordinación editorial: Paloma Muiña

Coordinación gráfica: Lara Peces

© del texto: Pedro Mañas, 2016

© de las ilustraciones: Luján Fernández, 2016

© Ediciones SM, 2016

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403

e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-9055-5

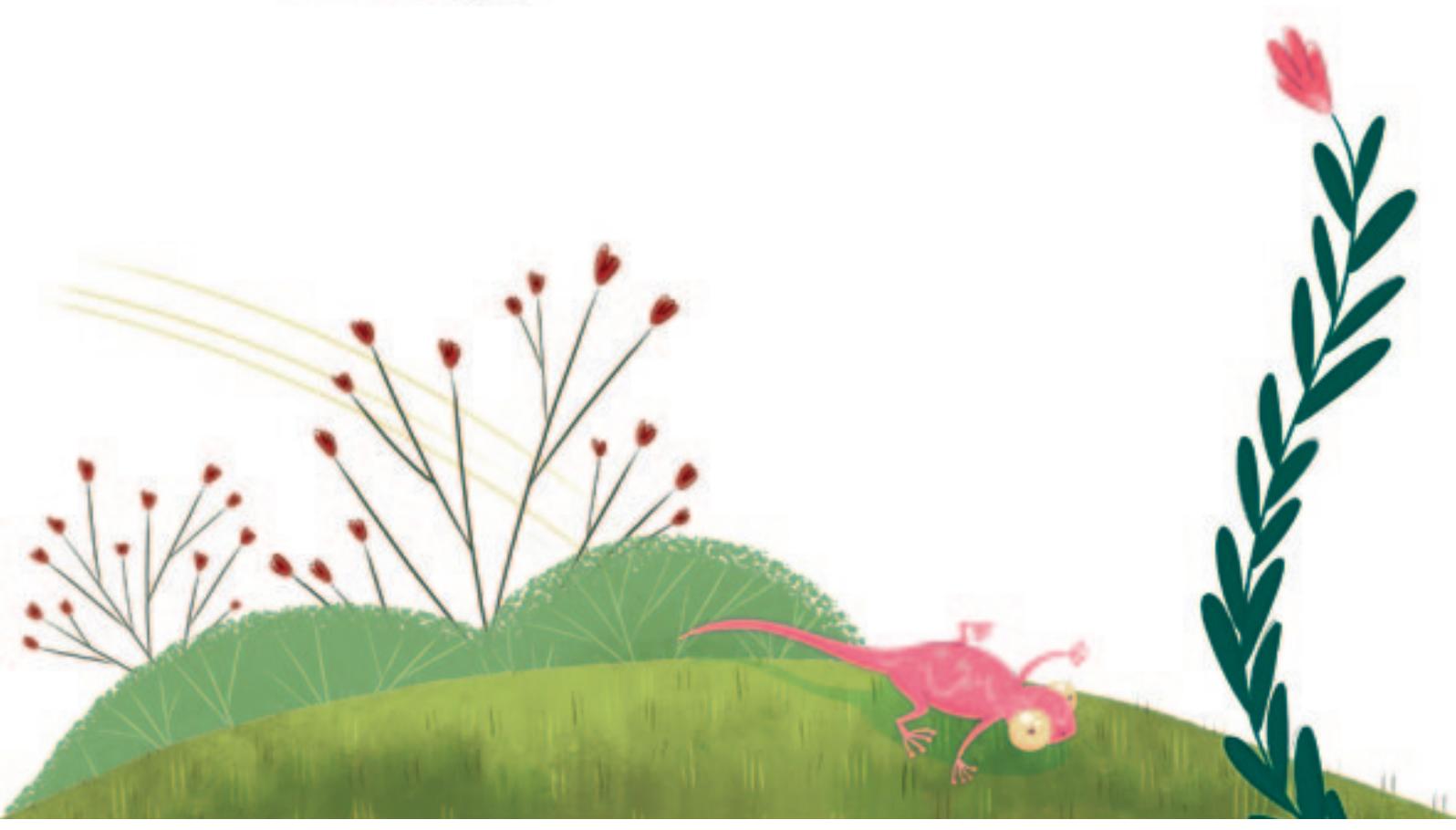
Depósito legal: M-25837-2016

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



*Para sus altezas Patricia y Nacho,
príncipes de la amistad y el buen humor.*







Hola, me namo Lluna.

Digo... me llamo Nana.

O sea, Nuna.

¡Ay, perdona!

Es que estoy un poco nerviosa. Por varios motivos:

El primero es que acabo de conocerte.

El segundo es que casi siempre estoy nerviosa.

El tercero es que acabo de contarte una mentira.

No me llamo Nuna de verdad. Me llamo... Nubeluna Cortecia Aura de Bosquespeso. Pero si te llaman a comer con un nombre tan largo, para cuando llegas a la mesa ya se ha enfriado la sopa. Por eso a menudo me llaman Nuna.

Guárdame el secreto, por favor. Las otras princesas se reirían de mí si se enterasen.

Tengo un cuarto motivo para estar nerviosa: es la primera vez que escribo un libro.

¡Pero he leído muchos! Si los juntara todos, formarían un montón más alto que el árbol donde vivimos.



CAMA DE NUNA

CAMA DE GUMI

BIBLIOTECA

COCINA

SALA SECRETA

COMEDOR

¿Ves mi dormitorio? Tercera rama a la izquierda.

No me importa dormir tan alto porque resulta que ahora puedo volar.

SALA DE ESTUDIO

CAMA DE BAMBA

CAMA DE KOKO

Si has leído nuestra primera aventura, ya sabrás que un huevo de dragón nos dio un poder mágico a cada una.

Y si no la has leído, no se lo digas a Bamba, porque la escribió ella. Y porque echa fuego por la boca.

En cuanto a Koko, tiene superfuerza y super mal genio. Mejor no le digas nada de nada.

Todo empezó cuando el príncipe Rosko nos escribió para invitarnos a su castillo.

Aunque luego resultó que la carta era de su tío, el hechicero Gúgol.

Aunque luego resultó que el muy malvado solo nos quería para abrir un huevo de dragón.



Aunque luego resultó que el huevo era robado y la madre del dragón raptó al príncipe.

¡Huy, qué lío! Esto es más difícil de lo que creía.

Bueno, Bamba contó cómo rescatamos a Rosko en un libro precioso lleno de aventuras.

Y de faltas de ortografía.

–«Hechicero» va con hache, Bamba –le dije cuando la ayudé a corregirlo.

–Vale.

–¡Y has puesto «kastillo» con ka!

–Sí, ¿no queda más guay así?

–¡Huy, no!



Pero lo que más me dolió es que en su libro yo siempre parecía torpe y llorica.

–Esto no es cierto –dije, me eché a llorar y se me cayó el libro a un charco.

–¡Pues el próximo lo escribes tú! –rugió Bamba escupiendo chispas.

Así que me toca a mí contarte lo que pasó después.





–¡Princesaaaas Dragóoon!

Pegué un bote que casi me caigo de la rama.

Bamba tiene la manía de despertarnos así. Se desliza tronco abajo muy calladita y luego grita a todo gritar: «¡Princesas Dragón!».

Ella quiere que nosotras gritemos: «¡Molan un montón!».

Pero Koko le salta encima y grita: «¡Te has ganado un coscorrón!».

Y juntas pelean hasta que yo bajo a poner orden.

Bamba quería formar un club de superprincesas para proteger los Cuatro Reinos.

Koko estaba empeñada en entrenarnos para convertirnos en guerreras.

Y yo... yo dudaba.

Mentira: no dudaba. Es que me da vergüenza decirlo. Lo que yo quería era volver al Reino del Este con mi familia. Y leer mis libros. Y cambiarme de vestido. Y poder caerme de la cama y no de la rama, como un mono.

Guárdame el secreto, pero cada noche soñaba con regresar a casa.

Así que cuando aquella mañana Bamba me despertó, volé hasta el suelo muy enojada:

–¡Jo, Bamba! ¡Estaba teniendo un sueño precioso y tú vas y...!

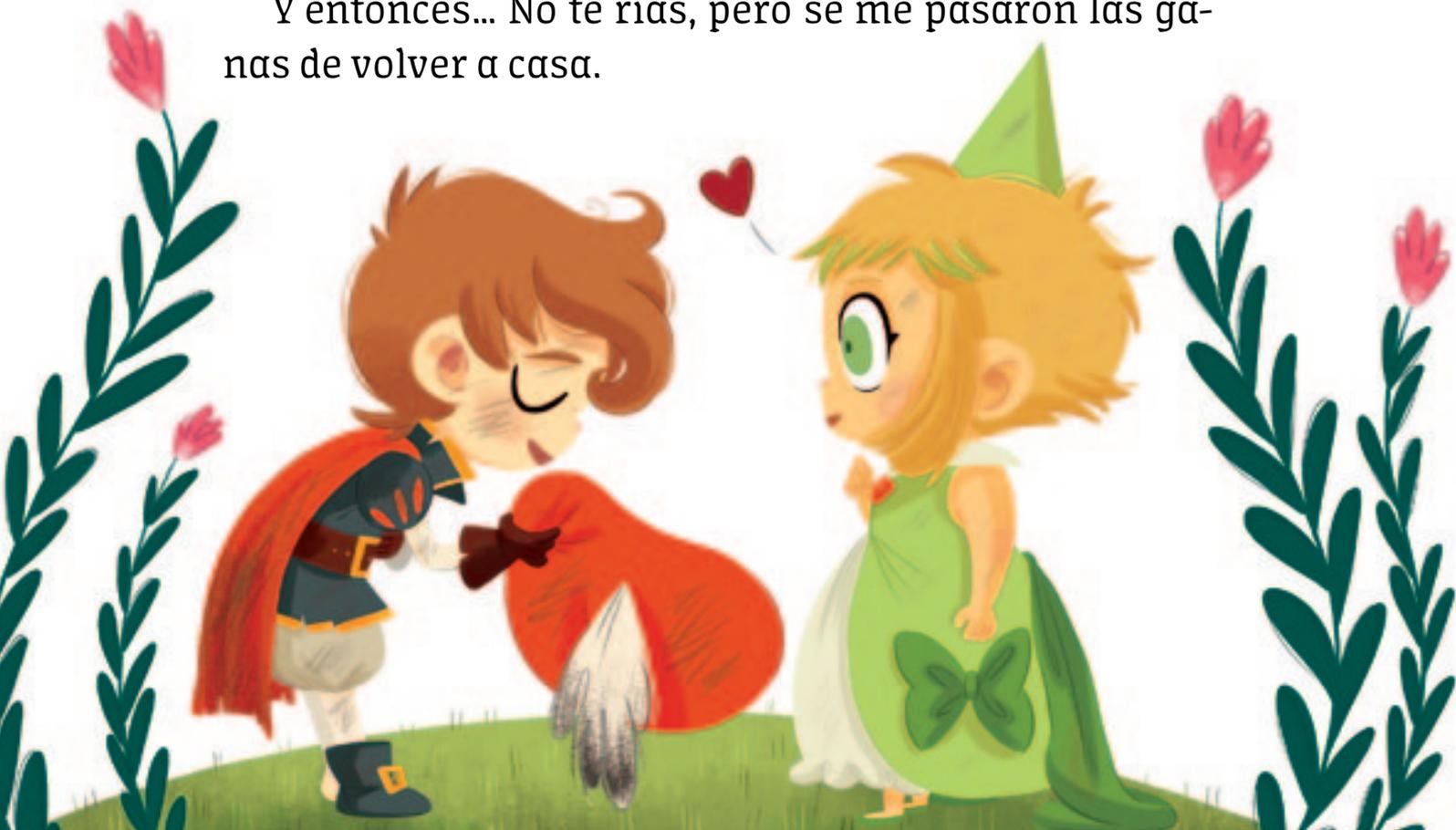
Casi me desmayo.

El que estaba bajo el árbol era el príncipe Rosko.

¡Y cómo estaba! Flaco, sucio, despeinado, con una bota sí y otra no. Tenía la pluma del gorro chamuscada y los guantes rotos. Su capa naranja ya ni parecía naranja.

–A tus pies, princesa –me saludó como si tal cosa.

Y entonces... No te rías, pero se me pasaron las ganas de volver a casa.





–¡Alteza! –exclamé, porque así lo manda el Reglamento–. ¿Qué te ha ocurrido?

–Eh... ¿Y a ti?

Me miré. Mi vestido tampoco tenía buen aspecto.

–Ella vive en un árbol –gruñó Koko, saltando a nuestro lado–. A ti parece que te ha atropellado un dragón.

–Es que tengo... eh... un problemilla en el castillo.

–¿Un problema?! –nos sobresaltó una voz.

Rosko ahogó un grito. Bamba se había descolgado de su rama y nos miraba boca abajo. Es un truquito que aprendió de los bandidos del bosque.

–¡Eso significa una misión! ¡Chicas, una misión!

–No tan de prisa –gruñó Koko–. Que se explique.

–Pues... la verdad es que todo es culpa de mi tío.

–¡Gúgol! ¿Quieres decir que ha vuelto? –preguntó Bamba.



–¡No, no! El miserable sigue desaparecido. Se trata de su grimorio.

–¿Su gro-qué? –dijo Koko.

–Su gri-mo-rio –aclaré, orgullosa–. Así se llama al libro de hechizos de un mago.

–Exacto –siguió Rosko–. Desde que mi tío se fue, el libro está... descontrolado, como un animal. Va por ahí escupiendo hechizos y atacando a los criados. ¡Un desastre!

Bamba y Koko sonrieron burlonamente:

–O sea, lo que quieres es que volvamos al castillo del Norte –dijo Koko.

–Al lugar donde un dragón casi se nos come –siguió Bamba.

–A batallar contra un librito...



–Que te está alborotando el castillito.

–Pues... sí, más o menos –Rosko carraspeó–. ¿Me ayudaréis?

Bamba y Koko se aguantaron la risa. Y yo, muy decidida, contesté:

–¡Cuenta con nosotras, alteza!

Ellas trataron de protestar, pero yo las regañé con el dedo tieso.

–¿No éramos superprincesas, Bamba? –dije–. ¿No éramos guerreras, Koko?

Se produjo un silencio. Entonces, Gumi voló y se posó amistosamente sobre Rosko.

El bebé dragón estaba de mi parte.

Aunque también se hizo caca en su gorro, el muy cochino.

